

por sus palabras se viene en conocimiento de que es la protectora de Sacontala. Dos doncellas del dios del amor están cogiendo flores para una fiesta sagrada. Llega el decano de los mayordomos, y les intima á que desistan de tronchar tantos tallos de flores, pues el rey está afligido, y aquel año no quiere jubileo.

UNA DE LAS DONCELLAS. Dulce es para nosotras obedecer á nuestro señor.... Pero, si nos es lícito preguntarlo, decid, ¿por qué prohíbe el rey la acostumbrada festividad?

EL MAYORDOMO. « ¿No sabéis, pues, la infausta pérdida de Sacontala? »

UNA DE LAS DONCELLAS. Sí, sabemos.... Y también el hallazgo del anillo que ha venido á manos del rey.

EL MAYORDOMO. En tal caso, poco me resta que deciros. Cuando al mirar su anillo recobró el rey la memoria, prorumpió en este grito: « Sí, la incomparable Sacontala es mi esposa » legítima; yo estaba privado de juicio cuando » la rechacé. » — Y mostró señales evidentes de gran dolor y arrepentimiento. Desde entónces los placeres de la vida le son odiosos; su mente está extraviada; no habla nada que no sea delirio; llama con el nombre de Sacontala á cualquier mujer que se presenta á su vista, y pasa la mayor parte del tiempo sentado y lleno de vergüenza, con la cabeza sobre las rodillas.

Entra Dsmanta vestido de penitente; cada palabra suya es la emanación del dolor. Los circunstantes se esfuerzan en disuadirle de su afanoso pensamiento. Inútil; él no presta oído, y parece que le ocupa la idea de emprender un largo viaje. Volviéndose luego á su amigo: « ¡Oh Madavuya! exclama, cuando personas acusadas de graves delitos esclarezcan su inocencia, mira de qué modo son castigados sus acusadores. ¡Un frenesí me había privado de la memoria.... y aquel anillo fatal me la ha devuelto. ¡Mira con qué lágrimas de arrepentimiento lloro la pérdida de mi amada, á quien rechacé sin razón! ¡Mírame triste y oprimido por la angustia! ¡Sin embargo, esta es la hermosa estación de la primavera, que con su retorno llena todos los corazones de alegría, todos, excepto el mío! »

Y lo mas que le aflige es pensar en los padecimientos de la pobre alma de Sacontala. Su amigo prueba todos los medios de consolarle; pero inútilmente. La ninfa protectora de Sacontala oye, sin ser vista, los suspiros del rey, conoce la verdad de su arrepentimiento, y goza, empezando también ella á compadecerse.

En obediencia á los deseos de Dsmanta, una de las doncellas se ingenia á fin de pintar en un gran lienzo la imagen de Sacontala. Llevan al rey el retrato, y en su fantasía se encienden con mas viveza que nunca todas las memorias amorosas. Está contemplando la pintura, habla entre sí, y despide hondos gemidos. No le satisface el trabajo, y ordena mejorarlo; pero le es imposible apartar los ojos de aquella pintura.

Un delirio perturba la razón del rey. Cuantos

objetos mira le recuerdan la cruel repulsa dada á Sacontala. Su remordimiento es inmenso; el dolor le oprime el alma. Ve una abeja pintada en el cuadro; teme que indiscreta vuele y se pose en los labios de Sacontala; comete locuras, habla á la abeja, y la amenaza, diciéndole que no se atreva á contaminar la boca de la hermosa dama (1). Madavuya advierte al rey que aquella abeja no está viva, y que no es mas que una pintura. « Cruel, responde, ¿y á qué advertírmelo? Yo disfrutaba contemplando á la prenda de mi corazón; ¿y qué necesidad tenias de recordarme que solo es una pintura? »

Los lamentos de Dsmanta son interrumpidos por algunos ministros reales, que van á consultarle acerca de asuntos públicos de grande importancia. Llamado á ejercer su regio ministerio, el monarca entra en sí y dicta sabios decretos. Su corazón se siente inclinado á una beneficencia inusitada: « Todo el que de hoy en adelante se quedare huérfano, hallará un padre amoroso en Dsmanta. A cualquiera que pierda á alguno de sus parientes, le auxiliará Dsmanta, y hará las veces del difunto (2). » Se enternece, vuelve á delirar, prorrumpe en un llanto deshecho, y se desmaya.

La ninfa, contenta con el arrepentimiento de Dsmanta, corre á consolar á Sacontala. Un tumulto que se levanta detras de la escena saca al rey de su postración. Es Madavuya, su amigo, el cual grita que un genio malo le arrebató, y pide socorro. El rey se levanta y le libra del peligro. Matali, auriga del dios Indra, había fingido aquel rapto, para provocar la ira de Dsmanta y distraerle de su profunda aflicción. Matali, de órden celeste, intima al rey que vaya á derrotar á los hijos de Calanemi, los demonios danavas, gigantes indómitos: « Tú debes subir al carro de Indra. Ven conmigo; que yo mismo te conduciré á la batalla. » El rey obedece, sube al carro y parte.

#### ACTO VII.

Dsmanta y Matali en el carro del dios Indra sobre las nubes. Los feroces demonios que atacaban el trono de Indra, son vencidos y dispersos por Dsmanta. Indra recompensa al vencedor haciéndole sentar á su derecha y exaltándole á la vista de todos los moradores del emperio. « Se sonreía, dice el rey, se sonreía el dios viendo á su propio hijo Yayanta permanecer junto á él silencioso y desear para sí aquel honor; y entretanto perfumaba mi seno con las fragantes esencias del sándalo celeste, y ceñía mi cuello con una guirnalda de flores procedentes del paraíso.

(1) Si los lectores recuerdan la abeja que molestó en el acto I á Sacontala, alabarán el acierto de Calidasa al imaginar el delirio presente.

(2) Llamo la atención de los lectores gentiles sobre esta mezcla de amor y de caridad para el prójimo, — sentimientos aúnes.

MATALI. Mira, ¡oh rey! cómo el coro de tu triunfo se vuelve á la cúspide de los cielos. Los genios alegres han tomado de las plantas de la vida los hermosos colores de la púrpura y del azul.... y están ahora escribiendo tus hechos en versos dignos del canto de los dioses.

Matali explica á Dsmanta las cualidades de los lugares aéreos, por dónde viajan, al descender del cielo á la India, y mientras el diálogo prosigue, el carro va aproximándose á la tierra.

DUSMANTA. Rápido, aunque imperceptible, es el descenso de los corceles celestes. Allí está la morada de los hombres. ¡Oh espectáculo maravilloso! Se halla aun tan distante de nosotros que las Hanuras parecen confundirse con las altas cimas de las montañas. Los árboles elevan sus hombros ramosos; mas parece que no tienen hojas. Los rios se asemejan á cintas brillantes; pero no se perciben las olas. Y ahora, mira, mira; parece que el globo de la tierra es empujado hácia arriba por alguna fuerza milagrosa.

MATALI. ¡Oh, qué hermosa es la habitación de los mortales!

DUSMANTA. ¿Qué monte, Matali, qué monte es aquel que, á modo de nube vespertina, vierte en abundancia aguas consoladoras, y forma una áurea zona entre los mares de Oriente y los de Occidente?

MATALI. « Es el monte de los Gandarvas, llamado Hemacuta... Allí, en dichosa soledad con su esposa Aditi, reside Casyapa, padre de los inmortales y guía de los hombres. »

Dsmanta ruega á Matali que le conduzca á la residencia del dios que rige el mundo, para prestarle homenaje y adorarle de cerca. Matali accede á este piadoso deseo. Ambos bajan al santuario, y preguntan por el dios. Casyapa está retirado en lo mas secreto de su palacio. Matali entra á fin de anunciarle la venida de Dsmanta, y entretanto este se sienta á la sombra de un árbol, aguardando. Siente pulsaciones en el brazo derecho (1). « ¡Oh brazo mío! ¿por qué me lisonjeas con un vano augurio? La felicidad ha acabado para mí; no me resta mas que la miseria. »

Á un grito que lanzan algunas mujeres, Dsmanta vuelve el rostro, y ve, lleno de admiración, á un hermoso niño que juega con un leoncillo, le coge sin temor la melena y tira de él vigorosamente.

DUSMANTA. « ¡Ah! ¿Por qué mi corazón se enamora de aquel niño, como si fuese hijo mío?... (Medita un poco.) ¡Infeliz de mí, que no tengo hijos! Este pensamiento me destroza el alma. »

Las mujeres que cuidan al niño, se empeñan en que deje en libertad al leoncillo. « La leona te despedazará, incauto, si no se lo vuelves. » El niño se ríe de la amenaza. Le prometen un bonito juguete si suelta al leoncillo, y él extiende

(1) En el acto I hemos visto que Dsmanta sintió igual pronóstico.

de la mano en ademán de recibirlo. Dsmanta le observa la palma de la mano, y descubre en él señales de imperio. Siente que aquella criatura le es querida, y suspira pensando en el consuelo de un padre al colocar sobre sus rodillas á sus hijos y jugar con ellos, consuelo que él no espera. Las mujeres, aproximándose al rey, se asombran notando en él facciones muy semejantes á las del niño, y viendo que este, activo con los demas, se muestra lleno de mansedumbre con Dsmanta. El rey interroga á las mujeres sobre la condicion de aquel niño, y poco á poco llega á entender que es estirpe de Puru, que su madre es hija de una ninfa, y que su padre repudió á su esposa, y mientras el rey pregunta ansioso el nombre de esta esposa real: el niño, oyendo á una mujer hablar del *Sacanta-lanvanyam* (1), cree que se habla de otra cosa y grita: « Sacontala, Sacontala, ¿dónde está la mamá, dónde? »

Finalmente, del brazo del niño ha caído un amuleto, regalo de Casyapa. Era tal la virtud de aquel amuleto, que se transformaba en serpiente, y mordía á todo mortal que osare recogerlo del suelo, y solo el padre ó la madre del que lo llevaba podían tocarlo impunemente. Dsmanta, ignorando esto, lo toca, lo coge en la mano, y no se vuelve la serpiente, no le muerde. Las mujeres reconocen, pues, en él al padre del niño, y le refieren á cuántos tiene heridos aquel amuleto. En seguida parten alegres á anunciar á Sacontala la aventura.

No tarda en aparecer Sacontala vestida de luto y con los cabellos atados en una sola trenza que la cae por las espaldas hasta el suelo. Su rostro está descarnado y en sus ojos se ve pintado el dolor.

DUSMANTA. Te he tratado cruelmente, ¡oh mi amada! pero el amor mas ardiente ha reemplazado mi crueldad. Acuérdate de mí y perdóname.

SACONTALA. Seré completamente feliz cuando cese la ira del rey.

DUSMANTA. Una nube, un sortilegio me había oscurecido la memoria. La caridad de los celestes me restituye por último á la mas amable entre todas las criaturas.

SACONTALA. El rey sea siempre... (2). (Y no puede proferir la palabra *victorioso*, que le ahoga la voz un súbito llanto.)

DUSMANTA. Olvida, amor mío, mi cruel repulsa; bórrala de tu memoria; fué un violento frenesí que venció mi alma. Así, cuando prevalecen las tinieblas de una ilusión, de nada sirve la santidad de intenciones; así un ciego, si la mano de un amigo le ciñe la cabeza con una corona de flores, la cree una sierpe, y el necio se la arranca de los cabellos. (Se echa á sus piés.)

(1) Especie de pavon.

(2) *El rey sea siempre victorioso* es el saludo de etiqueta que en todo el drama los amigos del monarca le hacen al acercársele. Aquí, en boca de Sacontala, es como palabra de paz.

SACONTALA. Levántate, ¡oh esposo mio! levántate. Mi dicha ha estado interrumpida mucho tiempo; pero me amas, y la alegría reemplaza en mí a los disgustos.

El esposo enjuga con su mano las lágrimas que bañan el rostro de Sacontala, la estrecha contra su seno, le cuenta el hallazgo del anillo, etc.

Se abre el fondo de la escena, y aparece Casyapa en su trono, conversando con Aditi. Los dioses acogen benignamente a los esposos, los bendicen, consuelan a Dushmana declarándole en presencia de Sacontala inocente del repudio, pues que todo ha sido obra del encanto de Durvásas; predicen las glorias futuras del hijo de Sacontala; hacen que lo reconozca como suyo Dushmana; envían a Canna un espíritu, nuncio del acontecimiento, y descubiertos de este modo todos los misterios, mandan que los amantes y el niño suban al carro de Indra, para volver felices a la tierra, donde los aguardan largos años de paz en la magnífica Astinapura.

El precedente análisis está hecho por Juan Berchet; trasladamos a continuación otro de *Vikrama y Urvasi*, esto es, *El Héroe y la Ninfa*, drama de género menos elevado, y parecido a nuestras óperas, con variedad de versos y de ritmo. Nos hallamos, como siempre, en las alturas del Himalaya, y de repente, en medio de la música de la introducción, se oyen por el aire gritos de ¡socorro! ¡socorro! El prólogo dice que los lanzan ninfas perseguidas en los etéreos campos por un terrible enemigo. Después de la acostumbrada plegaria del exordio, entran las ninfas saltando de las nubes, y no cesan en sus lamentos, hasta que Pururava, rey de la estirpe del sol, se presenta en un carro magnífico, y les grita: « No más gemidos; os habla Pururava, vuestro amigo. Acabo de dejar la esfera del sol y estoy a vuestras órdenes: ¿qué teméis? »

LA NINFA REMBA. Un demonio nos persigue. PURURAVA. ¿Y por qué se atreve a tanto contra vosotras?

LA NINFA MENAKA. Os lo diré, ilustre rey. Partíamos del palacio de Korura, donde estaban reunidos los dioses, y nos precedía la linda Urvasi, el más hermoso entre los hermosos adornos del cielo; ella que en la comparación dejó atrás la belleza de Sri, y burló las asechanzas de Indra. Encontramos en el camino al soberbio Kesi, rey de la ciudad de Or, que habiéndose avalanzado a la ninfa, se la llevó consigo, no obstante sus gritos y sus esfuerzos para desasirse.

Pururava elevó su carro en medio de las nubes, y no tardó en volver, trayendo a Urvasi desmayada en los brazos de Chitraleka.

PURURAVA (a las ninfas). Cese vuestro disgusto; ¿a qué afligiros, una vez quitada la causa que lo promovía? Muéstrense las graciosas pupilas; la triste noche ha desaparecido; la flor del loto abra su botón.

CHITRALEKA. ¡Ay! solo en el aliento se conoce que está viva.

PURURAVA. Como la florecilla oprimida por la lluvia, pasará mucho tiempo antes de que el tímido corazón recobre su valor. El velo que le cubre el seno oculta apenas sus frecuentes latidos.

CHITRALEKA. Anímate, ¡oh amiga! Tanto decaimiento sienta mal a una hija del cielo. Vuelve en ti, amiga mía; tus enemigos han sido puestos en fuga.

URVASI. Indra, ¿te debo mi libertad?

CHITRALEKA. No, sino a un héroe no menor que Indra; a Pururava, el príncipe santo.

Urvasi fija sus ojos en el príncipe, y sintiéndose cautivada, dice: « ¡Oh demonio, a quien maldije, cuán agradecida te estoy ahora. »

Se cruzan entre ambos amorosas palabras, hasta que el rey le recuerda que sus compañeras la aguardan en las cimas cubiertas de nieve. Al volverla a ver, las ninfas entonan un cántico de viva belleza. Entretanto se oye un fragor semejante al trueno; fulgida luz inunda las montañas, y entra Chitrarata, rey de los Gandarvas, enviado por Indra para arrancar a Urvasi de manos del demonio Kesi; pero viendo que Pururava se le ha anticipado, se congratula con él, y le invita a subir al cielo de Indra, el más radiante de bellezas, y donde él, Chitrarata, dirige los coros que perpetúan allí la armonía. El héroe sube, y Urvasi se queda en la tierra suspirando.

El acto segundo pasa en el palacio de Pururava, situado donde el Ganges confluye con el Yamema, y en el jardín aparece el Vidusaka, esto es, el bufon braman Manava, personaje obligado de la escena india, que recrea con sus chistes las fantasías, y no deja que la pasión, excediendo los límites, rompa aquella paz en que los Indios hacen consistir la felicidad.

« Fea cosa es, exclama, verdaderamente fea para mí, para un braman, amigo de la quietud, el sentirse abrumado por tan gran peso. ¡Un secreto! ¡Y el secreto de un rey! Si hablo, arriesgo la cabeza, y no sé callar. ¿Qué partido tomar pues? Todos me buscan, todos me necesitan; soy persona de quien todos disponen, incapaz de retener los pensamientos dentro de mí un solo instante. ¡Y debo guardar un secreto! a la par hielo y sudo. Ánimo, Manava, sé prudente. Siéntate allí en aquel lado de la pagoda y nadie vendrá a tentarte; espera hasta que el rey, tu amigo y señor, deje la sala del consejo. »

Se sienta con el rostro entre las manos, cuando una de las doncellas de la reina, divisándole, se propone saber de él lo que desea. Fingiéndose por lo tanto que no le ve, se queja del cambio que ha encontrado en Pururava, enumera las razones que pueden haberlo producido, y dice todo lo que juzga más a propósito para excitar la locuacidad del braman. Este, no resistiendo más, se acerca, y desembucha el secreto, a saber, que Pururava está enamorado de una

ninfa. Apenas la doncella averigua esto, corre a comunicarlo a la reina.

Entra entonces en la escena el rey, absorto en sus pensamientos, y el braman le prodiga saludos, de que aquel no se cuida; el uno aparece melancólico, triste, fantástico, y el otro alegre, satírico, bufon, formando un diálogo de esos en que se prueba la habilidad de los maestros.

Sucede en el aire otro diálogo entre Urvasi y Chitraleka, las cuales, hablando de amor, se aproximan al bosquecillo donde está el rey, y allí se ponen a escuchar mientras el rey discurre sobre su amor, y el bufon le consuela, sugiriéndole, como el mejor de los remedios, en la tempestad de sus ideas, adormecerse y soñar con su hermosa.

Urvasi tiene, pues, la seguridad de ser correspondida; así, arrancando una hoja, escribe en ella unas cuantas palabras, y la deja caer a los pies del Vidusaka. Este la presenta al rey, que exclama: « Despunta también la aurora de mi felicidad. »

MANAVA. Méenos ternezas, y leed.

Pururava lee la declaración de amor de la ninfa, la cual, sin embargo, no se atreve aun a descubrirse, sino que en su lugar se descubre la complaciente Chitraleka, y después de examinar al rey respecto de su amor, invita a Urvasi a rasgar la nube: en efecto, ella aparece rodeada de todos sus encantos diciendo: « Mi rey triunfó. »

PURURAVA. Cuando tus celestes labios me aseguren la victoria, ya soy vencedor.

MANAVA. Señora mía, yo soy braman del rey, amigo particular suyo, y amigo de sus amigos, y creo poder pretender que me dirijáis una mirada.

Urvasi le complace, y en aquel momento se ve un mensajero de los dioses que exclama: « Chitraleka, Urvasi, acudid pronto, el rey del aire os necesita; subid a cumplir vuestro ministerio. Los reguladores del mundo se hallan reunidos para asistir al drama compuesto por Baarata, vuestro señor, lleno de pasión y escrito con verdad, y que debéis representar. »

Ella obedece y parte; los dos mortales se quedan en la tierra, el uno suspirando, el otro diciendo chistes; pero el braman ha dejado caer inadvertidamente la hoja escrita, y la reina, que entra con sus secuaces, la encuentra. Sus celos suben de punto, y al ver que el rey y el bufon vuelven en busca de la esquila, se oculta detrás de un matorral.

Pururava exclama: « Hábito del Mediodía, amigo de la primavera, protector de los amores, ¿por qué me robas mi riqueza? Arrebata a las flores su suave fragancia, y embriaga con ella al mundo que te bendecirá, ¿pero aquellas adoradas palabras, escritas por su propia mano en prueba de su afecto, ¿por qué arrebatarélas? ¡Restitúyemelas, te lo suplico! ¡Si supieras cuán preciosas son para el amor solitario! ¡Oh tú, a quien los amantes honran como a su dios, oye mi ruego! »

Entretanto la reina Osinari se presenta con sus doncellas. « Consoláos, señor mio; sed feliz, si la causa de vuestro dolor es, como lo creo, la pérdida de este tesoro. »

Dice, y le muestra la hoja escrita. El marido se queda atónito, la esposa está irritada, y el braman exclama: « Esta colérica, aquel turbado; si se pusieran a la mesa, sería excelente remedio para todos y también para mí. »

Pururava se arroja a los pies de la ofendida, haciéndole protestas; pero ella le responde: « No soy, no, una niña; no me dejes engañar por esas apariencias de respeto: no es arrepentimiento, sino hipocresía. (Se va.) »

MANAVA. Su majestad salió espumante de cólera, como lluvia que hiende las nubes. Señor, podéis levantaros; os lo concedemos.

PURURAVA. Pudiera también haberme ahorrado la escena de fingir: las mujeres nos ven, y no bastan palabras para apartarlas de su sentimiento.

El acto tercero pasa en la ermita del muni Baarata, inventor del drama. Dos discípulos suyos que se entretienen en hablar, cuentan que en el celeste palacio de Indra se representó un drama, en que Urvasi hacía el papel de Lakmi; y que, habiéndosele preguntado, por exigirlo así la trabazón de la escena, cuál de los príncipes convidados prefería, en vez de contestar Purucotama, esto es, el omnipotente, nombró al que tenía en el corazón, esto es, a Pururava. El muni saltó de cólera al oír una equivocación que destruía el efecto del drama, y dijo: « Ha olvidado su papel: pues bien, que el Cielo la olvide del mismo modo a ella. »

La maldición de un braman se cumple siempre; pero Indra compadecido del dolor de la infeliz, y acordándose de que Pururava la había libertado, hace que sea desterrada del cielo, según la imprecación del santo, y la confina en el palacio de Pururava, desde donde no podrá volver al cielo hasta que el rey vea al hijo que ella debe parirle.

Estamos ahora en el jardín real, que ostenta todo género de bellezas; pero Pururava, absorto en su amor, permanece indiferente a ellas, y fijando sus ojos en la luna, costumbre de los amantes así indios como europeos, desahoga con ella los afectos, a modo de un pastor de Arcadia. Manava le acompaña con sus chistes. « Si, a fe de braman, hermosa es aquella reina de los cielos. ¡Mira! se mueve hacia nosotros redonda como una torta de almendras y azúcar. »

PURURAVA. ¡Oh, qué innoble comparación!

MANAVA. La luna, vuestra abuela, os suplica que os coloquéis bien, ya que tenéis tantas cosas que decirle; así hablaréis con más comodidad.

PURURAVA. Basta su luz; alejad aquellas antorchas. Yo me quedo aquí solo con mis pensamientos.

Y continúa la escena de antítesis entre lo patético del uno y lo risible del otro. Entretanto aparece un carro en el aire, donde vienen Ur-

vasi y Chitraleka, que bajan invisibles y se encaminan al pabellon de diamantes, en que Pururava está entregado á los delirios de su fantasía.

URVASI. ¿Á qué ocultarme mas? avancemos. ¡Ay de mí! ni una sola mirada me dirige.

CHITRALEKA. En vuestra impaciencia olvidásteis levantar el velo que os roba á sus ojos.

VOCES DENTRO. Por aquí debe ir vuestra majestad.

MANAVA. La reina viene: silencio.

URVASI. ¿Qué haré? (*Echándose en brazos de Chitraleka.*)

CHITRALEKA. Permanecer invisible y escuchar.

En medio de muchas doncellas vestidas de blanco y con guirnalda también blancas, entra la reina, que, posponiendo los celos al amor, renuncia á su esposo, y viene á afirmar su voto con el sacrificio. Pururava, al verla tan bella y á la par tan infeliz y resignada, siente reanimarse su antigua llama, y la misma Urvasi, que observa desde la nube, confiesa que la esposa del rey no le cede en hermosura y majestad. Entretanto Osinari manifiesta al monarca que había hecho voto de castidad y de penitencia, y añade: «Sagrado astro que desplegas en la noche tus banderas de fuego, sé testigo de la promesa que hago á mi esposo. Cualquiera que sea la ninfa que ha obtenido su amor, si él la juzga digna de su cariño, yo desde este instante la trataré con cortesía y la miraré como hermana.»

URVASI. ¡Oh exceso de contento! ¡Cómo me consuelan sus palabras!

MANAVA. ¡Oh mujer verdaderamente buena! ¡Oh mujer ejemplar, que conoce su deber! Por desgracia el Cielo forma pocas que se le parezcan.

Pururava, enternecido con esta demostración de afecto, vuelve á sentir amor hacia ella, la anima, y le suplica que revoque su voto; pero Osinari persiste, y sale bendiciéndole. Mientras el rey renueva los apóstrofes á la luna, Urvasi se le acerca, arrojándole el velo sobre la cabeza y cubriéndole los ojos con las manos.

PURURAVA. ¿Quién puede ser esta, sino Urvasi? ¿qué otra mano despertaría en mí tanta conmoción? ¿qué roce me sumiría en éxtasis tan suave? Mi corazón se dilata al acercarse á ella, como los flores que se abren al suave rayo de la luna. Te conozco, te conozco. Urvasi. Alegria y victoria para el rey.

PURURAVA. Salud, fulgida ninfa del cielo!

CHITRALEKA. ¡Toda clase de felicidades disfrute el rey!

PURURAVA. Todas las experimento, desde que poseo á Urvasi.

URVASI. — ¡Oh rey! tú eres mío, por los dioses invocados en el solemne juramento de la reina. Pururava, tú eres mío. Responde: ¿no es así?

La dicha de los dos amantes ha llegado al colmo, y la aumenta aun el pensamiento de los pasados disgustos.

MANAVA. ¡Gracias sean dadas á los dioses! El matrimonio está celebrado, y aunque falta el ceremonial, espero que dos ó tres banquetes reemplazarán al de las nupcias, que no se hizo. Sea con vosotros cortés vuestra majestad; así todos sus deseos logren verse satisfechos!

PURURAVA. Sí, toco al último punto de mis deseos. El inmenso pabellon que cubre el mundo, el trono con las gradas llenas de piedras preciosas arrancadas de la frente de los reyes vencidos, me parecerían menos gloriosos que la felicidad de ejecutar lo que Urvasi apetece y de ser su esclavo.

En el acto IV, mas lírico y fantástico que los otros, mientras los dos felices amantes pasean por la orilla del río, una ninfa del aire llama la atención del príncipe, y despierta los celos de Urbasi, la cual, rechazando al rey, se refugia en la selva. Pero un decreto celeste prohibía á las mujeres entrar en los bosques de Kartukya; y Urvasi, cegada por la pasión, entra. Apenas ha puesto el pié en ellos, se transforma en una cepa, que hasta imita con sus flexibles ramas la elegante esbeltez de la ninfa. El rey se empeña en buscarla; pero está decretado que no la ha de encontrar hasta que posea el sagrado diamante cubierto de púrpura por el divino pié de Guri, el rubí, símbolo de la reconciliación. Anda errante por todas partes, y el aire que gime entre las hojas, el cisne que hiende lentamente las aguas, el elefante que solitario atraviesa la selva, la nube que se sostiene en el aire, todo le parece que participa de su dolor, á todo invoca simpatía, á todo da vida. De repente hiere sus ojos un rayo de luz rosada que sale de una roca; es una piedra preciosa que se cubre de púrpura expuesta al sol; y una voz en el aire dice: «Hijo mío, recibe ese rubí, al cual el roce del pié de una diosa ha infundido virtud soberana. Tómalo, y ojalá te sea devuelta la mujer que consuele el dolor de su señor y amigo.»

PURURAVA (*coge la piedra*). ¿De dónde procede esta nueva conmoción? ¿Por qué el corazón me palpita si fijo la mirada en aquella cepa desprovista de hojas é infecunda? Ni un solo retoño la hermosea, la lluvia la ha destruido; de sus áridas ramas brotan unas cuantas gotas, como lágrimas suspendidas; á su alrededor no vuelvan las abejas, todo es quietud allí y dolor. Está escualida como Urvasi, que también en la soledad desahoga ahora sin duda su despecho y su cólera. ¡Estreche yo á lo menos contra el pecho esta imagen demasiado fiel de la ninfa que perdí!

Apénas toca la cepa, cuando se convierte en Urvasi, la cual exclama: «¡Gloria al rey! ¡Gloria y perdón! ¡Qué pálido y descarnado estáis! ¿Por qué semejante cambio? ¿Acaso soy yo la causa?»

Pururava la consuela con sus caricias, y la

exhorta á seguirle inmediatamente á su ciudad de Prastiana.

URVASI. Sí, apresurémonos; la ciudad llora á su rey perdido, y yo soy la causa de tal desventura. Soportaré la cólera y las injurias del pueblo.

PURURAVA. Partamos; en el seno de aquella nube atravesaremos pronto el camino. En torno de ella ondean, á guisa de banderolas, los relámpagos, y nos forma pabellon el arco vaporoso y luciente, cuyos colores hace Indra irradiar en el cielo.

En el acto V los encontramos en el palacio de Pururava; pero el fatal rubí fué arrebatado por un buitre mientras el rey lo había dejado al ir á hacer las abluciones con las dos reinas. Grita el pueblo: «¡El rubí, el rubí!» Pururava pide el arco y las saetas; pero el raptor desaparece. Sin embargo, á poco un esclavo trae una flecha, en la cual está clavada una hoja que sostiene la piedra preciosa; léese allí: «Flecha de Ayus, hijo de Urvasi y Pururava.»

PURURAVA. ¿Mi hijo? ¿Sería, pues, padre? ¿Cómo es posible? Jamas me he separado de mi querida Urvasi, sino en el tiempo del gran sacrificio, y nunca he notado en ella el menor cambio; solo un día la vi decaída, con los ojos abatidos y la fisonomía fatigada.

MANAVA. Pero ¿os parece que las ninfas celestes deban someterse á los mismos trabajos de las mortales? Ellas paren sin que se sospeche; saben borrar toda huella de terrena fragilidad.

En este momento entra la devota Tapasi, conduciendo un niño con el arco, y dice al rey que es Ayus, y que Urvasi por secretas razones le ha tenido oculto; pero que, habiéndose distinguido con tan buen golpe, justo parece que viva entre los hombres, y deje la soledad de Tapasi. El niño se sienta en las gradas del trono; pero, en vez de admirar las grandezas adquiridas, echa de menos la soledad que ha perdido y los encantos de su pavon favorito. Urvasi llora, sin poder reprimir sus lágrimas; admirado el rey, le pregunta la causa, y ella responde: «Me embriagaba tal gozo al contemplar á mi hijo que olvidé el fatal decreto, por el cual estoy condenada á volver al cielo en cuanto vea al fruto de nuestro amor. Temía ese momento, que ya ha llegado; por eso le confié á la prudente Tapasi. ¡Ay de mí! ahora partiré, y pronto el rey me habrá olvidado.»

Pero el monarca sufre terriblemente con la separación, y prefiere las soledades de las cimas del Himalaya, donde persigue á los gamos salvajes ó á los demonios raptos de mujeres hermosas. Solo que Nareda, descendiendo en medio de aquella escena de aislamiento, trae el mensaje de los dioses que perdonan á Urvasi, y levantan su destierro, prometiéndole felicidad y á Pururava que la conservará eternamente. Entónces los cantos de poetas mortales se mezclan con los acentos de los asparas ce-

lestes, á fin de celebrar á Ayus, introducido en la real familia.

## § 2. DRAMAS CHINOS.

Voltaire decía que *El Huérfano de la China* «es un monumento precioso para dar á conocer la índole de la China, mas que ninguna relación escrita ó que se escribiere acerca de aquel vasto imperio.» Parecerá, pues, conveniente dar una idea de este drama, el cual, aunque conocido en Europa, hace mucho tiempo, por los mas, lo es solo desfigurado por Voltaire en el *Huérano de la China*, y peor aun por Metastasio en el *Héroe chino*.

El argumento está sacado de la historia de Sse-ma-tsian, que en 607 ántes de J. C. refiere lo que sigue:

«Cruelmente reinaba Ling-Kong, el cual ordenó á Tsuni que asesinase á Chao-tun, su ministro. Tsuni encuentra á Chao-tun dormido, y en el acto de herirle piensa: — Será un delito inmolarse á tan virtuoso ministro; será un delito no ejecutar la orden del rey. — Para librarse del apuro, se suicidó; el ministro huyó. Después Ling-Kong fué muerto y verificadas muchas otras revoluciones, Tu-gan-Ku, sin aguardar las órdenes del emperador, atacó á la familia de Chao, mató á Chao-so y á los tres hermanos de Chao-tun, y exterminó su parentela. La mujer de Chao-so, hermana del difunto rey Ling-Kong, estaba en cinta, y parió un hijo, que fué salvado por dos fieles servidores de su casa. Uno de estos, llamado Tsing-ing, ofreció entregar al huérfano, y por mil onzas de plata indicó el punto que le servía de asilo. El otro que tenía consigo al falso huérfano, viéndose perseguido, le estrechaba contra su seno y exclamaba: — ¡Oh! ¿qué delito ha podido cometer el huérfano de Chao? Matadme á mí, os lo suplico, y dejadle á él la vida. — Los verdugos mataron á él y al niño; pero el verdadero huérfano estaba oculto junto á Tsing-ing.

«Hallándose el rey enfermo, le hicieron entender que el Cielo le castigaba por su injusto modo de proceder contra la familia de Chao. Trató de averiguar si quedaba algun vástago de ella, y noticioso de que vivía un huérfano, le llamó, le reconoció por heredero de la familia de Chao, y le restableció en el goce de sus derechos bajo el nombre de Chao-wu. Entónces Tsing-ing, satisfecho del feliz éxito de sus cuidados, resolvió poner fin á sus días, para ir al otro mundo á anunciar á Chao-tun el suceso. Chao-wu se empeñó en disuadirle de ello, y Tsing-ing le contestó: «Chao-tun y Kung-sun me creyeron capaz de restableceros en el goce de vuestros derechos y por eso quisieron morir ántes; si yo no 'es anuncio el cumplimiento de sus deseos, crearán que no he ejecutado mi designio.» — En seguida se mató.»